

La Esfera

12 Mayo 1917

Año IV.—Núm. 176

ILUSTRACION MUNDIAL



TIPO CASTELLANO, cuadro de J. Cruz Herrera

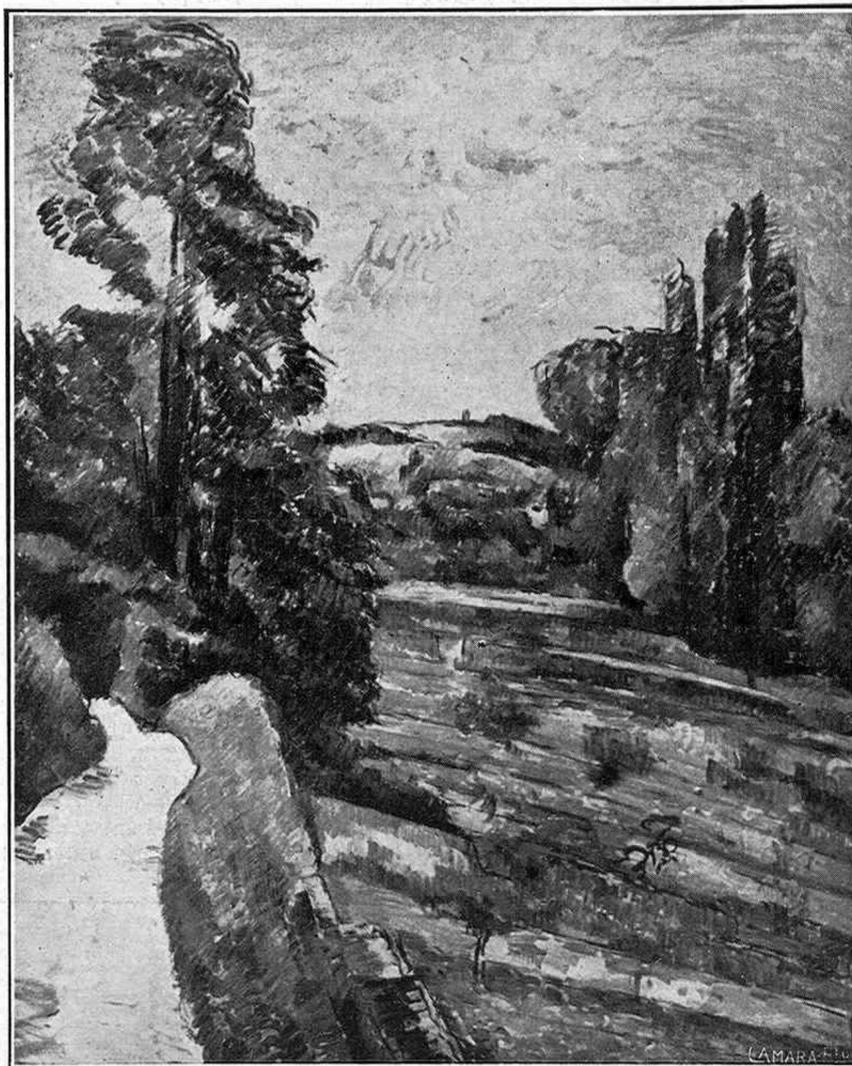
NEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

LAMARCA

LA EXPOSICIÓN DE ARTE FRANCÉS EN BARCELONA
LA SALA DE LA REINA REGENTE



"La echadora de cartas", cuadro de Degas



"El verano en Auvers", cuadro de Cézanne

S ELECTO y expresivo conjunto de obras es el que se ha logrado reunir en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, como una demostración de la pujanza y primacía del arte francés desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días.

Fue solicitada esta Exposición por los artistas catalanes. Secundó, patrocinándole y votando un crédito extraordinario, tan excelente ruego el Ayuntamiento de Barcelona, y, por último, Francia ha respondido al generoso y entusiasta llamamiento con fraternales generosidad y entusiasmo.

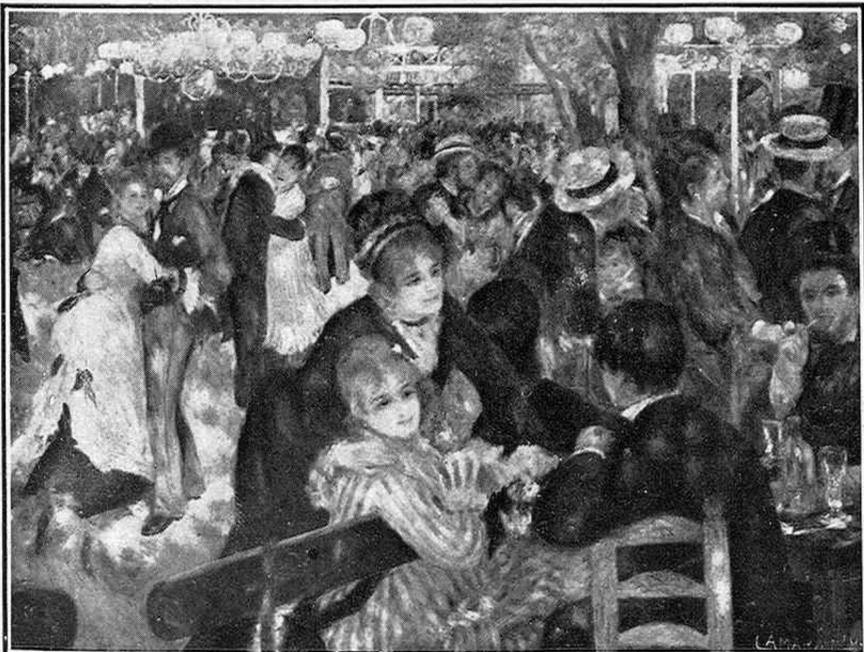
Como organizador de la Exposición, el Gobierno francés comisionó a Mr. André Saglio, y como auxiliar suyo en la tarea de instalación y decoración de las salas, á Gustavo Luis Jaulmes. Sólo viendo esta Exposición, verdaderamente excepcional, tan importantísima, puede comprenderse hasta qué punto el trabajo y la competencia de los Sres. Saglio y Jaulmes han realizado una obra ejemplar.

Cautiva el ánimo y deleita la contemplación el sabio acierto, el depurado buen gusto, el sentido de las armonías sobrias y de las decoraciones severas y graciosas, á un tiempo mismo,

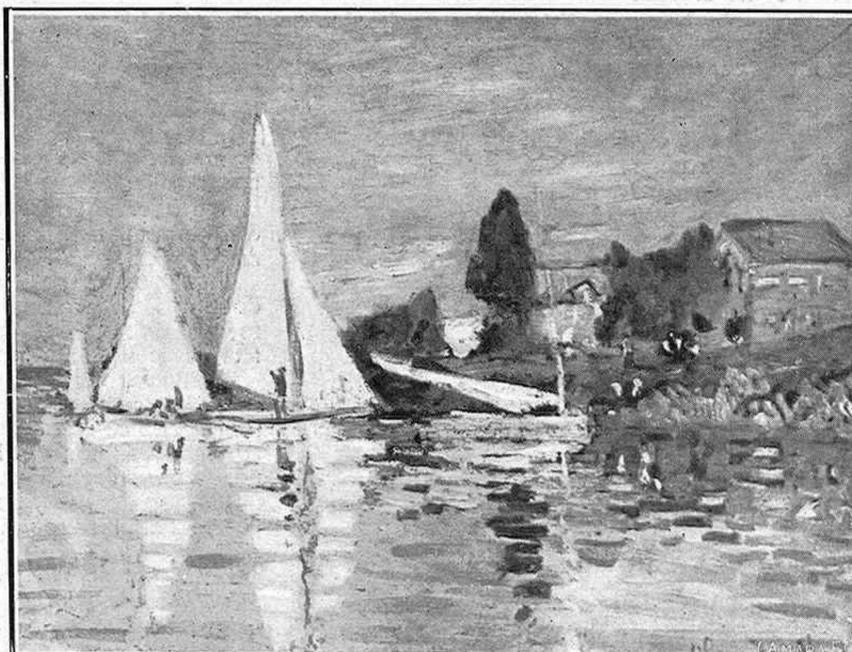
que poseen ambos artistas, y que han contribuido al mayor lucimiento del gran número de obras maestras y al señorial disimulo de las escasas mediocres, reunidas en las salas del Palacio de Bellas Artes barcelonés.

La Exposición es muy completa. Concurren á ella artistas de las tres grandes entidades artísticas de Francia: *Salón Nacional*, *Salón de Artistas franceses* y *Salón de Otoño*, con obras de pintura, escultura, grabado, arquitectura y artes decorativas.

Figura, además, una sección de arte que no nos atrevemos á llamar retrospectiva, porque si



"El molino de la Gallette", cuadro de Renoir



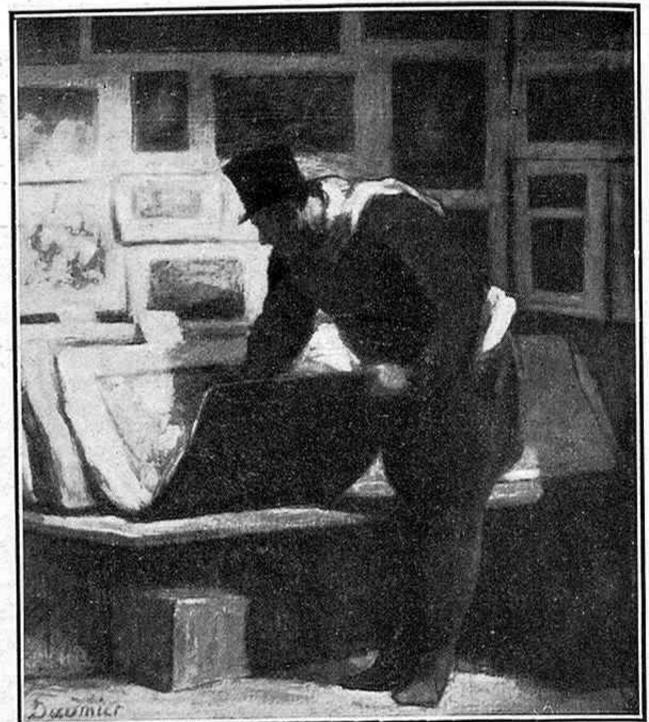
"Las regatas en Argenteuil", cuadro de Monet



"Retrato de manet", cuadro de Legros



"Los monaguillos", cuadro de Courbet



"El coleccionista", por Honorato Daumier

bien la constituyen en su mayoría las obras de pintores ya fallecidos, se exponen otras de Rodin, Forain, Degas y Monet, que aun viven para bien del arte. Es, tal vez, esta sala, la más importante de todas las de la Exposición y por ella comenzaremos nuestros modestos comentarios.

ooo

No en los límites reducidos de un artículo, sino en la amplitud de desarrollo que consintiera un libro, habría de ser comentado el Salón de la Reina Regente. Como de una plazoleta ideal surgen de allí todos los senderos por donde el arte francés—y con el arte francés el de toda Europa—se ha desglosado y diversificado. Están aquí todos los precedentes de las modernas tendencias. En estos retrocesos ideológicos que la crítica debe hacer para encontrar los orígenes de las nuevas normas estéticas, aquí debe detenerse, porque están casi todos los profetas que precedieron a los apóstoles estéticos y aun muchos que pueden y deben ser considerados como apóstoles mismos, ya que, después de ellos, las doctrinas se han falseado, empobrecido y desorientado.

Hallamos aquí a los maestros del impresionismo: Manet, Monet, Renoir, Degas, Pissarro, Sisley, Berta Morissot; al iniciador del puntillismo Seurat; a Gauguin con su exaltación de los primitivismos y de las deseuropeizaciones, como un retorno a la sencillez, a la sinceridad expresiva de la sensibilidad y de las formas; a Cézanne, el pintor a quien hacen más daño las apologías snobistas que los reproches conscientes; Cézanne, que invocan hasta los propios cubistas como el precursor de la pintura contemporánea; a Carrière, con su arte hermético, blando y brumoso; a Puvis de Chavannes, con su obra más característica; a Toulouse Lautrec y su realismo fuerte, agresivo, donde la audacia técnica y la audacia del pensamiento taladran y se ahincan; a Constantin Guys y a Daumier, los padres del costumbrismo coetáneo, los dos co-

losos que con Gavarni constituyeron la trilogía más alta del dibujo francés en el siglo XIX, y de los que ha heredado tantas cosas Forain, que también figura en esta sala, pero que tiene en las del piso bajo todo el espacio necesario para hablar con su voz severa y profunda contra la guerra y contra las demás infamias sociales; Courbet, el fundador del realismo, después del academicismo y del romanticismo de los comienzos del siglo anterior; Monticelli, con sus ruti-



"Madame Manet en su invernadero", cuadro de Manet

lantes fantasías, a las que acudieron después, como a un cofrecillo inagotable, los pintores modernos, encaprichados en la tarea de cambiar los colores en gemas; y Legros y Boudin y Croos y Henner y Guigou y Harpignies y Lepine y Durán, ya en planos inferiores.

Luego tres grandes escultores—Rodin, Dalou, el animalista Bayre—y la sorpresa de Renoir transformado en escultor con un bronce que no puede hacer olvidar ni por un instante la más débil e imprecisa de sus densas y sensuales armonías pictóricas.

Renoir es acaso el mejor representado de todos los impresionistas. Además de ese portentoso *Moulin de la Galette* que no puede contemplarse sin sentir calofríos de un deleite casi angustioso, hay de él otros tres lienzos: *El verano*, *El columpio* y *Retrato de mujer*. Nadie ha pintado con más voluptuosa complacencia ni evocado con mayor alegría las gracias femeninas. Ve las carnes de las mujeres como frutas maduras y tentadoras; los colores salen de su paleta temblorosos de deseo y enervados de sol.

De Manet se exponen tres cuadros: *Madame Manet dans sa serre*, *Retrato de mujer en traje de baile* y *Las ostras*. El primero es un prodigio. En él, Velázquez, Goya y Manet, están fundidos para llegar al logro perfecto de algo perdurable. Sucesivamente, como notas al margen

del catálogo de esta *Exposición de Arte francés*, tenemos el propósito de conceder aislados estudios a los maestros de esta sala. Únicamente así puede perdonarse que ahora sólo se haga referencia brevísima de ellos.

Del Museo de Luxemburgo han venido dos obras maestras: *Maternidad*, de Carrière, y *El pobre pescador*, de Puvis de Chavannes.

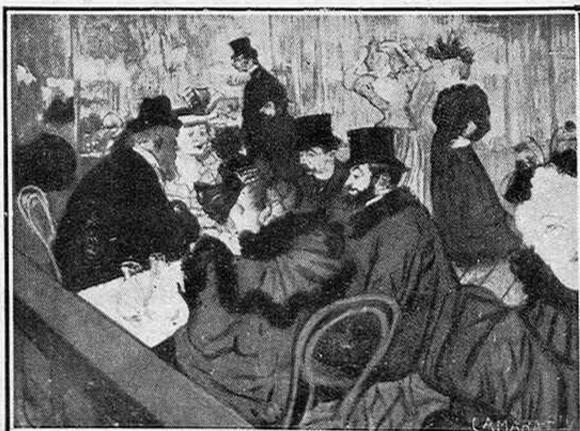
El alma se aquieta, se recoge en un místico reposo frente a estos lienzos tan diferentes entre sí y tan ligados, sin embargo, por el nexo común de la autoinspección, de la vida interna que fluye como un agua subterránea, adivinada en flores externas y tímidas. No son únicamente dos cuadros los que se exponen con los lienzos *El pobre pescador* y *Maternidad*, sino los sendos credos estéticos de Carrière, «el visionario por la extrema penetración de lo real» (Mauclair), y de Puvis, el que «disipó muchos fantasmas haciendo entrar en la pintura la inocente claridad del día» (Andrés Michel).

Y, por el contrario, esta misma alma se inquieta frente al parisianismo exacerbado del *Moulin Rouge* de Lautrec y de las loretas, grisetas y mujeres de placer tan certeramente reflejadas por Constantin Guys.

No compensan las bailarinas de Forain la falta de las bailarinas de Degas; pero, en cambio, el propio Degas tiene esta *Echadora de cartas* que, aun siendo de los comienzos, es más que una promesa de los realismos futuros.

De Legros hay un magnífico retrato de Manet; el autorretrato de Courbet es otra de las obras interesantísimas que se destacan entre las más interesantes; Gauguin está mejor representado en su tendencia con *Taitianas* y *Escena en las islas del Océano*, que Cezannes en sus paisajes de la primera época. En cambio, responden de modo claro y preciso *La gare de Saint Lazaire* y *Regatas en el Támesis*, a las personalidades respectivas de Monet y de Sisley.

José FRANCÉS



"En el Moulin Rouge", cuadro de Toulouse Lautrec



"El pobre pescador", cuadro de Puvis de Chavannes